

DEFINICIONES

LA QUIMERA

Nadie lo ignora:
Rocinante no sabía leer.
Tenía pestañas (y muy bellas, por cierto)
pero es más que dudoso que alguna vez
se las haya quemado.
La caballeriza,
donde despilfarró su niñez y adolescencia,
se agitaba bajo la ventanilla
de la biblioteca de su amo,
y aunque el jamelgo escuchó la lectura en voz alta
de los libelos de caballería,
discernió suspiros de entusiasmo
e imaginó los actos de ensillamiento del delirio,
nunca se imaginó lo que se estaba fraguando
en el caletre de su dueño,
tan misericordioso como justo:
Mesías reencarnado, Cristo andante.

Pero cuando se oyó llamar por su nombre
y cayó en cuenta de que tal significaba
Rocín andante o, si se quiere,
Quijote caballar,
frunció el entrecejo,
hincó las espuelas en sus neuronas
y soñó con galopar hacia los campos
de su propia locura.

No sabía leer,
pero era experto en escuchar,
en quedarse rumiando las palabras con sabor
a yerbabuena y agua limpia,
y hacerlo con el deleite
del que va por los caminos
llevando toda la sabiduría del mundo
sobre su lomo.

Cuando Don Quijote se puso en marcha,
y la imaginación se hizo epidemia,
el sueño de su amo se le contagi ó al corcel,
y no pocas veces se imaginaba luchando,
a pezuña partida,

contra vestiglos y follones del género caballar:
caballos que rascaban el cielo
(como el caballo de Troya)
o que servían de cabalgadura
a feroces gigantes que lograban, erguidos,
adornarse con pelucas de nubes
mientras sus patas se perdían
en el lodazal de cualquier ignominia.

Rocinante, la réplica caballar de su señor,
no gozaba, cierto es, de una figura alegre;
sus ancas no eran curvadamente mórbidas,
sino flacas y entecas,
con los huesos pugnando por salir a la intemperie
—como perchas para colgar miradas—
bajo el torpe encubrimiento de la carne.
Cuando al jamelgo y su jinete
se les divisaba pastoreando los aromas
y los polvos de Sierra Morena,
la gente gritaba: "miren, por ahí se divisa,
con su rítmico trote de vihuela,
el *Centauro de la Triste Figura*".

Mas el rocín no sólo tenía en común con su amo
la desgarrada efigie
o el destino magullado,
sino los ímpetus, que iban, sudorosos,
tras los talones de su quimera.
Al triscar por los campos,
reconociendo los andurriales en que andaba
por las bocanadas de polvo,
él también colocó en el santuario de su pecho
la imagen de su yegua sin par
y bienamada.

Mas Rocinante carecía de las agallas de su dueño.
Para él, con la libido exaltada
y hostigado por el fuste del deseo,
fidelidad era sinónimo de imposible,
cuento de hadas para el potrillo núbil
que llevaba en sí mismo.
Así, cuando tuvo lugar el deplorable encuentro
con los yangüeses,

él fue el culpable
de que (por carecer de riendas interiores)
con aquel trotecillo lujurioso
que iba en pos de las jacas insinuantes,
se iniciara el desaguizado,
una más de las aventuras programadas
por el vestigio de nunca acabar
de su destino.

Mas también, cuando Don Quijote, de pie sobre su cabalgadura,
víctima de las malas artes de las damas palaciegas,
tenía apresada la mano en el hoyo
que su juicio mudaba en ventanilla,
Rocinante, al sentir el caracoleo de una yegua,
se turbó, le dio coces a su mansedumbre,
sintió fluir la sangre en turbión concupiscente
y se fue tras de su presa,
haciendo que Don Quijote,
resbalase de la silla
y quedara colgado a unos centímetros del suelo,
sometido a la cósmica tortura
de un espacio infinito.

Pero Rocinante estaba en lo suyo:
las historias de caballerías,
proezas y heroísmos
que salían, como vaho fabuloso,
de los labios de su insólito jinete,
le sabían a miel sobre hojuelas,
agua fresca a la vuelta de la sed
o pastura indefensa movida por el viento.

Para urgir a su señor, a Sancho Panza
y a sus propias pezuñas
a salir otra vez a recorrer el mundo
y dar preludeo a la tercer salida,
se puso Rocinante a relinchar,
a poner en los tímpanos del atrevimiento
el polvo de futuros derroteros.

En captando el Quijote ese relincho,
lo oyó con deleitación, como música
bajada en contrabando desde el cielo,

y le pareció de buen augurio,
como clarín moral
que llama a los deberes.

Después de que tomó a su casa Don Quijote
(o de que, para morir, volvió
a Alonso Quijano,
su aposento más íntimo)
y después de que Sancho murió
no de días,
no de años,
no de enfermedades,
sino de tristeza,
el anhelo, la obsesión, el ideal de las caballerías
se fue a refugiar en Rocinante
hasta el día de su muerte;
mas ¿podía hablar de ello?
¿propagar la idea?,
¿realizar las hazañas de un caballero
siendo sólo una cabalgadura?,
¿iba a poder hacerlo
con la pesada albarda de años
que llevaba encima? Imposible.
La quimera, que ayer iba diciendo
con su puño en alto
lo que a su corazón le sucedía,
ahora agonizaba,
dando a torcer su brazo,
sus sueños y sus ímpetus.
Él era sólo un rocín,
la cabalgadura de un sueño,
el pedestal olvidable de lo intemporal,
era sólo Rocinante,
un rocín que no sabía leer ni escribir
y a quien tampoco se le daba
aquello de los hablares y decires.
Pero –también hay que asentarlos– era un jamelgo especial
en la caballada del universo mundo;
se hallaba siempre listo para nuevas salidas
–con sus riendas, espuelas, aparejos
y, más que nada, una luz a media frente–
por si resucitaba la justicia
y se quería lanzar de nueva cuenta,

por los siglos de los siglos,
a desfacer los entuertos
que allá muy en el fondo
las manos de Dios
perpetran en el mundo.

BATALLAS CONTRA EL CIELO

Homenaje al gran poeta Ramón Martínez Ocaranza

I

Desde la torre
a la que se encaraman nuestras preguntas,
y nos proporciona un modesto
don de ubicuidad,
o desde la atalaya,
donde todo vigía,
con airones de cielo golpeándole las sienas,
se metamorfosea en el mítico Argos
que poseía tantos ojos como los ojos miradas,
dámonos cuenta
de que lo que se llama salud,
sí, eso, la salud...
brilla por su ausencia
o es una de las palabras que en el diccionario
pierden, borrándoseles, un sentido
que se deshace en pequeñas esculturas
de silencio.

La salud.
La armonía y contrapunto de los órganos internos,
los madrigales de oxígeno cantados a los pulmones
por la sangre,
el buen humor en cada glándula,
el placer sin cielo nublado,
la esperanza colonizando todos los matices de su verde,
sólo existen, sólo, en la materia gris de nuestro sueño,
en las vísceras que aúllan a la luna,
en los tristes rugidos de la tinta.

II

Señora podredumbre,
pastora de estertores,
corto circuito que ennegrece la entraña
de cada célula,
la enfermedad, en amores ilícitos con la palabra siempre,
es el tiempo herido que se implanta en todo pedazo de carne,
mandato inexorable de una ley
que juega a las vencidas con la parte
más débil del destino,
el "hágase la oscuridad" que dijo el Hacedor
al dejar caer de sus manos generosas
menudencias de vida.

La salud, fugaz,
con pasos asustadizos de gacela en el cuerpo,
se identifica a veces,
sólo a veces,
—si la providencia se descuida—
con el pequeño que sube al techo de su casa
a clasificar las nubes,
el zapatero que compone, remienda, mejora
multitud de caminos,
el vendedor de globos que pasea su sistema planetario,
y su rechinante música de las esferas
por el parque,
o el poeta que logra darle eternidad a un árbol
cuando inscribe en su tronco sus mejores palabras;
pero acampa ahí
solamente lo que dura
el instantáneo día con que el fósforo
puja por destruir la noche entera.

Es sólo, casi siempre, la salud
un cuento de hadas...
pero de hadas
famélicas, tísicas,
agonizantes;
es sólo la tonada que se eleva
de un cáncer que se lame las heridas,
o de la fiebre candorosa que da de bruces
con los números caníbales

que suelta el calendario.

Es sólo un surtidor de ficciones
contado por un seno que da pus
en vez de leche.

Sólo el brochazo anímico de un suspiro en el aire
o el charco de nostalgia a medio pecho
nacidos al sentir que,
destetados,

vivimos,
viviremos,

amputados de madre por los siglos de los siglos.

Es sólo la acerba canción

que brota de un pulso acurrucado en su fatiga
o de unas llagas que, desde su úlcera,

su mueca,

su sonreír perverso

vomitan sus aullidos mezclados

con letras malolientes.

III

Tú lo sabes, Ramón.

Todo lo que nos hace, lo tenemos enfermo.

De la cabeza a los pies, no hay una sola célula
en que el caos no se halle jugando a los dados
con los genes.

¿Las manos? Sí, las manos.

Las *manos* que van a paso veloz,
macilentas,

hinchadas

—con la artritis

culebreando en los dedos—

a tornarse molusco

de ademanes ignotos.

Las manos afiebradas,

indolentes,

enarbolando puñados de pereza,

producen en el yunque

el canto de cisne del martillo,

o consienten que la página en blanco

—con toda su imaginería subcutánea—

levante la voz y vuelva las palabras
un hato de estridencias.
Las manos medrosas, haraganas,
conformistas,
amnésicas de puño,
que dejan de blandir hasta el pequeño
canto de guerra
del gruñido.

Los pies, también insanos.
Lo evidencia este enterrar,
con nuestras fuertes pisadas,
todos los caminos,
los espacios que olfatea la brújula,
los itinerarios al oxígeno...

Las *piernas* tampoco nos auxilian
en este sumergirnos sin fin
en la tierra movediza de la cama
de enfermo,
sin recibir la ayuda, el esbozo de mano,
de alguna de las plegarias
arrodilladas en su propio clamor
o de los puños delirantes que colocan
sólo por un segundo su blasfemia
a las puertas del cielo.

Ramón, qué duda cabe: ahí en nuestra *materia gris*,
todos los silogismos nacen con migraña
y los axiomas (charcos enjorjados
por el agua bendita de la transparencia),
pierden el sentido,
invadidos de sanguijuelas,
crucificados en su propia asfixia.
Qué de descomposturas padece el hipotálamo.
Qué hemorragia de guarismos sufre el lóbulo central
de las meditaciones,
cuántas elegías de los triángulos se desmoronan
en geometría gangrenada,
qué de cráneos, como el de Job,
se encuentran infestados de imprecaciones,
oraciones encabronadas,
bramidos arrodillados

en su propia impotencia.
Bien lo dijiste:
"la preceptiva del blasfemo"
se pergeña con llanto...
y las lágrimas se enturbian al sabernos
punto insignificante
en el cosmos de la indiferencia.

Y también padecemos del *corazón*
que deambula, pisa firme,
da traspies, y anda de soplo en soplo,
con el auxilio
de la andadera de su tiempo.
En el púlpito blasfemo de la entraña,
arrebata el micrófono,
dice de la vida y la muerte,
se encarama al peñasco de un orgullo
o se muere de miedo en el barranco
de su fragilidad
al escuchar en el aire o en el ámbito
interno de su oído,
la corazonada de su propio derrumbe.

IV

La *familia*, que ayer fue el hogar, dulce hogar
de los consortes que,
en su luna de miel con la superchería,
la soñaron el regazo colectivo en que descansan su cabeza
todos los familiares,
ahora –cuando ya no perduran de la marcha nupcial
sino dos que tres rechinidos–
deviene madriguera,
cubil de alimañas que gritan su parentesco
en su análoga forma de gruñir, parpadear odio
o tirar tarascadas.
Los *padres*, las manos ensangrentadas,
acarician a sus hijos,
y les pintan de rojo sus rencores.

Los hijos
–los que, en accediendo al mundo,
trajeron la quijada de burro bajo el brazo–
se miran de reojo.
Las *madres* instalan y perfeccionan
talleres de costura y castración.
Los *novios, los esposos,*
se transmiten sin fin enfermedades
al tomarse las manos,
al escribirse cartas amorosas
o al intercambiarse, sudorosos, las entrañas.
Tras la breve temporada
en que acamparon en las goteras del paraíso,
y guardaron la palabra paz bajo de la almohada,
ahora sienten en los labios el aleteo
de ósculos putrefactos,
sienten la picadura de los celos,
tienen como su libro de cabecera la desconfianza,
fragan la coronación del odio
y arrojan, ay, jirones de ternura
al cesto de basura.

A fuerza de neuralgias
(de guillotinas lentas e invisibles)
la *sociedad* pierde la cabeza,
se deshace la frente en todo muro
y sigue, manos a la deriva, su camino.
Su peor dolencia: el *individuo*.

Caín alzado en armas contra su corazón.
Salto vertiginoso hasta la altura
de su propio mareo.
El individuo: ente desorientado
que deshoja los pétalos de una brújula
para saber a qué punto cardinal habrá que dirigir
la proa de sus propósitos.

En los *templos*, los mármoles hincados de rodillas,
ven al incienso manipular los pulmones,
a la pila de agua bendita
calmar la sed de los demonios,
y, en medio de un viejo órgano
que carraspea expectativas,

a la divinidad siendo un Saturno que comulga
con el cuerpo y la sangre
de sus hijos.

En la *escuela*

la asignatura base es la resignación.

Los estudios especiales: ir perdiendo paulatinamente la vista.

Los superiores: el arte de la genuflexión

o la maestría y el doctorado

de doblegar la cerviz apenas se oye

la misérrima voz, la vocecilla

del tronido de dedos.

Qué de dolencias, parálisis, convulsiones,

chapoteos en la propia hidropesía,

aquejan a la *historia*.

O corre a tiempo traviesa,

en propulsión de flujo sanguíneo,

transformada en estampida de sucesos,

o se moviliza con un tiempo entumecido,

congelado en rutina,

como tempestad en silla de ruedas,

o río al que se le ahoga la prisa

y pesca en el remanso

la solidez compacta de su cauce.

¿Qué son estas fístulas? Producto de la historia.

¿Qué son estos alacranes que corean el padre nuestro? Producto de la historia.

¿Qué, estos libros sagrados

que huelen a magnolias podridas? Producto de la historia.

¿Qué estas manos que, como rosas purulentas,

se hallan en la punta de mis brazos,

se miran de reojo y se dan dentelladas

en pugilato fratricida? Producto de.

Producto de.

Producto de una historia que es sinónimo de peste,

de ángeles enlodados barridos por la escoba,

de sórdidos clamores que preguntan,

a mitad del camposanto,

si sobra un sitio para enterrar

trozos de tierra muerta

o pedazos de cielo putrefacto.

V

La enfermedad se enseñorea en todo...
Hay grutas catatónicas,
a un milímetro sólo de decir
una enorme, profunda, espectacular palabra
que nunca llega,
lagunas introvertidas,
que hablan de vez en vez
con las sílabas húmedas y verdes
de sus ranas,
vientos tuberculosos
que tosen en las rendijas de las puertas,
bosques incendiados
por la fiebre surgida en algún punto,
caracolas con bulimia del mar
y anorexia de sus inmensos límites.

Y en ese momento,
tú,
que das con los vasos comunicantes
entre el horror y la poesía,
entre la tendencia al derrumbe
y las palabras alpinistas,
das testimonio
de que los esfuerzos para salir del ergástulo
se hallan, carajo, agusanados,
con un desmoronamiento de músculos
al interior de nuestros cuerpos.
Por eso, oh Ramón,
qué razón tienes
al cantar o gritar o deshacerte en alaridos
cuando tropiezas con la patología del ser.
Qué razón tienes al denunciar
los vocablos tramposos que se cubren
con adjetivos de bisutería.
Y aunque los feligreses, de tanto santiguarse,
construyan un santuario a medio pecho,
qué razón tienes al llevar a tu lira,
a esa lira feroz que hay en tu entraña,
la enfermedad Terminal
de todo lo que se halla conjugado
por el verbo morir. Por ese verbo.

Qué razón tienes, oh poeta, al vislumbrar
que los puntos cardinales
son los cuatro jinetes del Apocalipsis.
O al descubrir
que detrás de la danza ritual de las libélulas
hay purulencias en el aire,
y en los abrazos de los amantes
se incuba la enfermedad venérea de la posesión.
Por eso, tras de describirnos el infierno ambiente,
tienes los ojos y los pasos y los versos
y la mano tendida
para ser el Virgilio
de todos tus lectores.

Tu voz arrebatada al cosmos
—como un Job arrepentido
de su gangrenada mansedumbre—
hace el diagnóstico implacable, feroz, de lo que ocurre:
hablas de los errores, averías, sinsentidos
en la ingeniería cósmica,
de la patética bacanal de los condenados a muerte
y de las manos sucias del Creador
que simultáneamente a la existencia
nos produce el contagio de los peores
males imaginados.

Sólo así, reconociendo con valentía,
sin concesiones,
el profundo e insondable desarreglo que nos forma,
la programación patológica en que andamos,
no en una parte, sino en la plenitud de todo,
podremos hallar,
dar con,
inventar el camino, la luz, la curación
que pareciera esconderse, esfumarse, confundirse
con cualquier aleteo de la nada.

Nos convences: la terapia es proporcional al diagnóstico,
y sólo así, cantando como cantas,
escandalizando como escandalizas,
incomodando como incomodas,
mostrando que todo ángel
es la idealización de un papalote.

Sólo así.

Sólo así podemos emprender el camino de la lucha
contra la diabólica desolación que nos conforma,
y a favor, si no de una beatitud
que merezca el aplauso de los querubines,
sí de un sufrimiento en su nivel humano,
en la triste y sublime finitud en la que andamos,
o de la luz que sale a escena
sacudiéndose el lodo en que se hallaba...

Pero sabes, Ramón,
aunque hables y hables de monstruos,
blasfemias,
desconsuelos,
guerras mundiales dentro de los puños,
follones que se multiplican geométricamente,
nuevas y nuevas ediciones del apocalipsis,
no nos engañas. No sabes hacerlo.
Porque todo lo que dices, todo,
tiene en los pliegues más sensibles de tu entraña
su fuente, su cantera de ilusiones,
sus metrónomos de nunca acabar...
Cuánta rabia, Ramón, sale de tu boca.
y cuánta ternura, ay,
derraman tus silencios.

Doy aquí entonces fe que a tus lectores
(a los humillados y ofendidos que haces tuyos
tras de arrojar tus redes metafóricas
y enseñarles la cara oculta del gemido),
les obsequias en tus obras, tus versos, tus pedazos de lengua,
un predio real
(ojo con esto:
sin mentiras,
sin los artilugios de la retórica)
en la esperanza.
¿Un predio en la esperanza es decir poco?
Es regalo de dioses.
Presea de infinito.
Arrojar a un museo
toda la colección de enfermedades
que le dan al infierno ubicuidad.
Bien que sabes Ramón,

y todos lo sabemos, tras de bañar los ojos
en el canto, de infinita dulzura, que está tras de tu canto,
que para abrir la puerta
hay que romperse los nudillos
porque sólo es posible contemplar el cielo
cuando se toca fondo.

EL SONIDO Y LA FURIA

20 de marzo de 2003, día de la invasión a Irak

El hombre no existe.
Los antropoides, nostálgicos,
dieron a luz criaturas con máscaras lampiñas
y cuerpos con carne abotonada. No existe.
O, para no dejar el micrófono en manos de la hipérbole,
sólo se le vislumbra,
o se prefigura,
o es el lejano rumor de...
en aquellos que, en un juego de manos,
sacan a la intemperie el corazón
transmutándolo en puño.

Hay gruñidos por todas partes:
se ocultan en algún poro del suspiro,
se leen entre líneas
en el pentagrama,
son el esqueleto de lo que dices,
el murmullo que se oye en el horizonte...
El hombre, lo que se llama hombre,
brilla por su ausencia,
se le quedó entre los dedos al demiurgo
o se halla en la mirada perdida hacia adelante
de un proyecto.
Carajo, qué tipo de hombre podemos ser
si estamos desterrados de nuestra propia esencia
o habitando una carne,
una galería de sensaciones,
que es incapaz de sacudirse
el lodo de su hechura.
Nos falta tanto:
torcerle el brazo al tiempo,
nadar a contracorriente
para llevar en los despiertos ojos
el futuro.
Hay que hacerle un injerto de silogismos
al corazón.
Hay que cantarle canciones de cuna
a nuestras zarpas.

Hay que llevar al diván o a la camisa de fuerza
la saliva psicógena del hombre
contemporáneo.
Hay que humanizar sus neuronas.
Hay que.

Somos la peor de las especies animales.
La bestia de carga
de nuestra propia sinrazón.
El capítulo más negro de la zoología.
Tal vez tenemos todos
los órganos internos apresados
por la telaraña de la brutalidad
que nos conforma.
No hay animales (leones, osos, coyotes)
que, al matar a una de sus presas,
hagan sádicos carnavales de sangre
a medio pecho.
Ningún depredador
se pone a escuchar con deleite
los quejidos de violoncelo herido
del antílope moribundo.
Su ley, su patrón instintivo,
es, sí, la lucha por la existencia
y buscar su alimento cotidiano
por todos los rincones del deseo.
Pero qué maravilla es descubrir de pronto,
cuando la madre llovizna sus dedos
en la frente de su cría,
una garra moldeada en la ternura
y a punto de ser mano,
o las húmedas caricias de la lengua
que dan su bienvenida de rocío
al cachorro que nace.

En cambio, nosotros,
la supuesta cúspide de la evolución,
¿cómo vamos a ser hombres
si no sabemos detener las catástrofes que brotan
de las cloacas cerebrales
de un demente?
El tirano del norte se halla enfermo.
No de cáncer o sida.

Enfermo de arrogancia y de misiles.

Tiene bulimia de petróleo.

Padece la angina de pecho
de la prepotencia.

Se ahoga en su propia saliva.

Se jacta de recibir mensajes de ultratumba
teniendo como paloma al Espíritu Santo.

Dice ser el vocero

de la Divina Providencia,

y hasta secretearse con el infinito.

El psicópata del norte,

que carga un arma de destrucción masiva

en el padre atorado en la garganta,

ahoga entre sus dedos el micrófono,

frunce el ceño

para retener la idea fija de su crimen

y aúlla obscenamente tras de decirle al mundo

que dejará caer desde los cielos

un infierno.

Halla, jocundo, al otro déspota

del tamaño preciso que requiere un pretexto,

y sin pudores muestra su intención

en millones de pantallas:

borrar del mapamundi trozos de geografía,

transfigurar el cielo en pirotecnia,

tener como "efectos colaterales"

masacres invisibles,

y acribillarlo todo, todo, todo,

con vocación de caos,

sin excluir a los niños

que habrán de recibir inimaginables mordeduras

en su cuerpo y su futuro.

Ay, amigos, la poesía

—como las oraciones

y las veladoras que lagrimean su impotencia—,

no sabe detener la maquinaria destructiva:

sus palabras se hallan contaminadas de silencio

y ocupan su lugar en la galería

de las pasiones inútiles.

La poesía, sé que se sueña a veces,

es capaz de conmover a las piedras.

Si alguna vive la suerte
de escuchar una estrofa,
puede exhalar un sollozo
y maldecir a un tirano.
Pero la pedrada, ay, pertenece a la edad de piedra
y carece de voz y voto
en un mundo en que la industria de la muerte
y la técnica de la destrucción
vive su clímax, la edad de oro de su infamia,
habitando el lugar exacto
donde antes Dios tendía su vivienda.

La poesía, dícese,
tiene a su servicio todas las palabras;
pero no encuentra las que sirven
para parar en seco,
en punto en el espacio,
en alas rotas,
a los misiles
que cargan camposantos en su vuelo.
No rastrea la fórmula precisa
que pueda desactivar las maquinaciones
del aprendiz de brujo.
No encuentra la metáfora
que destruya los planes de los buitres.
No da con la expresión
que ponga la jaqueca de la duda
en una bomba inteligente, manejada
por la parte más negra
de la materia gris del nuevo führer.
No halla los epítetos,
los tropos, la métrica, la rima
para detener el escuadrón de halcones
que gangrena el firmamento,
no sabe cómo paralizar las manos que,
moviéndose en un teclado de botones,
deslizan el elegante, el limpio arpegio
que destruye un poblado.
Pero esta impotencia,
estos puños agusanados,
esta indignación que clama en el desierto
sin batir otras alas
que aquellas del aullido,

no nos harán callar.

Señoras y señores: tendremos ruido de poetas
para largo.

Nuestra lengua cerrará filas
con los puños
que ascienden al agudo del reclamo
hasta ser golpeados por el viento.
Por eso, desde ahora,
no nos harán callar.

Le daremos voz a nuestra muina.

Le hallaremos consonancias
a nuestro rechinar de dientes
y apenas se cierre un libro de poemas
se abrirá otro.

No nos harán callar.

Seremos militantes de tiempo completo
de una gramática iracunda.

Un silencio será sala de espera
para el clamor siguiente.

Quizás esta poesía de nunca acabar,
esta revolución permanente en las entrañas,
sirva de algo.

Tal vez.

Quizás.

Quizás tal vez.

Puede ser que la poesía,
además de aludir a lo de siempre
(registrar los encuentros y desencuentros
con nuestro propio corazón)

preste su ayuda,

su granito de arena,

los pilotes subterráneos del arrojito,

a la lucha por la paz,

por la paz atrincherada

en lo mejor de nuestra especie,

y el mundo un día

logre atar las garras a las bestias

y arroje sus ademanes

cualquier estercolero.

Mas para realizar esta hazaña

los pueblos en turbulencia

(amén de cargar consigo
la artillería pesada de sus puños),
han de saber entonar
el himno de sus propias entrañas,
blandir el puño en alto
y morder entre dientes un poema.

EL ÁRBOL Y LA CALANDRIA

Soy un árbol añoso, fatigado,
entrado ya en inviernos,
que está preso de arrugas
en su tronco,
sus ramas,
sus blasfemias
su romperse la crisma en las paredes...

Soy un árbol melómano que presta,
con todos los oídos del frondaje,
su atención a los céfiros que pasan,
para hacerse de alguna melodía,
recortarle las alas, extirparle
los pedazos de cielo
que en la piel se k queden,
y hacer así que siempre esté a mi lado
viviendo del alpiste de ese gusto
que almaceno en la jaula de mis tímpanos.
Soy un ser vegetal que, todo oídos,
se pasa día y noche,
con la luz y la sombra a manos llenas,
espigando en el viento que me roza
cantatas, oratorios, sinfonías
y canciones minúsculas que caben
en el tronar de dedos de los novios...
También amo el silencio, el inconsciente
oculto de la música,
la almendra del sonido,
la amnesia de la flauta o del oboe,
la pausa que se toma la armonía,
en la meditación de un instrumento,
para dar con la forma del siguiente
entusiasmo sonoro.

Es así que, al sentir que algo se posa
en una de mis ramas
(revoloteando en torno de su propio
corazón inspirado
como el trazo de un círculo que bate
sus invisibles alas

alrededor de un punto)
y al mirar que es un pájaro que llega
con un impresionante repertorio
de cantos y cantigas a pararse
en diversos lugares de mi fronda
–como lo hace la rima, pavoneándose,
en la punta del verso–;
y al sentir además que en esa escala
de seda de sus trinos, me sorprende
cómo se continúa un cuerpecillo
de calandria en un gran chisporroteo
de notas musicales,
y al decirme, por último, orgullosa,
que la flauta de pico de su pico
no es sino un instrumento
musical de caoba ejecutado
por el extraordinario virtuosismo
de su entraña,
percibo que me nace,
me absorbe, me hace suyo
–lo digo con fanfarrias de vocales–
el amor de mi vida.

Al llegar a este punto,
al rincón más glorioso del instante,
estando distraído, con la mente
haciendo un inventario de las nubes
y viendo a mis escudos
cubiertos por el polvo del desgano,
la pátina nostálgica de lo ido,
advierto cómo esta ave es un incendio
de belleza por donde se la mire
–por el pecho, las plumas, los colores,
los breves movimientos con que ordena
en el aire su gracia
o el árbol invisible, inmaterial,
del trino que le nace, le germina
de la semilla alada de su cuerpo...
Hermosas son sus alas:
cada una es la mitad
de su afán de aventura,
y las dos, la emplumada habilidad
de eternizar un salto y su minúscula

bocanada de oxígeno.
Sus suspiros (esbozos,
pellizcos de aire, trenos
en clave de nostalgia y luna llena)
emanan de la herida que carga, palpitante
a la mitad del tórax,
picoteada quién sabe cuándo y cómo
por una ave maligna y pernicioso,
un buitre adelantado,
y no sé qué perversos
procesos naturales.
Qué mejor, sin embargo,
que deshacer el nudo en la garganta
para volverlo el hilo de una voz
que tiene frente al pico el reto siempre
de su papel pautado...

Desprevenido, absorto,
sin los tercos erizos del escrúpulo,
mi corazón, mi sangre, mi alma toda
se enamoran del ave como el junco
del perfume que emana del naranjo
que tiene hasta sus hojas enmieladas,
como manos de niño,
de su viajante esencia,
como la alcoba oscura
de la pequeña lámpara
con la que en era noche se arrepiente,
como el poeta sordo, del poema
que le lleva al balcón la serenata
de sus mejores rimas.

Ella me ama también.
Lo sé porque al besarme
me abre de par en par una rendija
por donde puedo ver la intimidad
de su cuerpo, sus vísceras, su sangre.
Lo descubro en la forma en que sus ojos,
cuando no estamos juntos,
me inventan a las doce de la noche.
También en que le salen de la boca
jirones de mi nombre cuando vuela.
La miro complacida al darse cuenta

de que será besada y abrazada
por multitud de ramas amorosas,
barnizadas de tacto,
pues más que savia siento que me corre
por adentro caudales de libido.

Mas de repente advierto
que oscila la cabeza mi calandria,
la vuelve a un lado y otro
llevada por la brisa del deseo
o la curiosidad
que, a la mirada en punto, carga un fardo
de innúmeras preguntas.
Veo cómo se pone bajo el brazo
un punto cardinal, sea cual sea,
arroja sus pupilas a los bordes
de alguna lejanía,
de un punto que se oculta
en no sé qué lugar del infinito,
y empieza un aleteo
que juzgo amenazante y ominoso.
Por horas hechas siglos se me oculta
en un arrugamiento del espacio.
La doy ya por perdida.
La herida se me infecta y me supura
por ahí el abandono..
Levanto en mis entrañas el castillo
de arena con que pido que regrese,
mas sólo quedan en mí tras el derrumbe
la columna angustiada de un espectro.
A mi angustia la llamo
mi pan de cada día..
Qué plegarias sin Dios hay en mis labios.
La palabra suicidio se me llena
de minúsculas de flores.
No dejo de llorar hojas y ramas
y aquello que a los hombres les escurre
del ojo a la mejilla
cuando alguien en su pecho les exprime
un paño de tristezas.

¿Cómo es posible, digo, que mi amor
se me pierda en no sé qué punto ciego

de los ojos? ¿En dónde, insisto, en dónde
—oh ciudadana de la lejanía—
desgranarás segundos de existencia
aguardando un silencio, ave canora,
más intenso, en tu caso, más intenso
que todos los demás, que sólo tienen
la música mediocre y cotidiana
de su respiración?
¿Cómo es posible, rujo,
que yo me muera aquí,
estrechando en mis brazos sólo el hueco
de mi ausente calandria,
sufriendo la agonía de un pronombre
hérfano, solitario,
con ardor de vacíos en el pecho
y sabiendo, mi bien, que las caricias
se hacen polvo en las manos con la ausencia?
Aquellos que nacieron para ser
el amor de su vida, deberían
morir cuerpo con cuerpo,
suspiro con suspiro entremezclados,
compartiendo a dos manos
el último segundo.

Estos amantes deben,
al llegar al compás de su postrer suspiro,
desbaratar distancias
y lanzarse al allende, recubiertos
de idéntico sudario
que anuncia entre la trama de sus hilos
los primeros gruñidos que producen
las larvas de ultratumba.

Al encontrarme así, con la ilusión
en franca bancarrota,
reaparece de pronto mi calandria,
volando alrededor
de mi mejor vivencia.
Miro entonces mi yerro y mi estulticia:
su alejarse no fue sino apariencia,
un engaño del ojo y el oído:
ella revoloteaba sobre el eje
sólo de mis temores.

Y se vuelve a mi fronda
y a su sitio en la rama reservado
a lo mejor que tengo de mí mismo.
Retorna hacia mis brazos,
a verme y a abrazarme y a besarme
como ayer, como siempre y para siempre,
y es que somos, bien mío,
un amor en su más alto volumen,
en fortísimo de alma.
El amor de la vida, lo juramos,
del uno por el otro y viceversa
por los siglos y siglos de los siglos.
Y un sentimiento así
—mandemos al demonio la razón,
asfixemos lo efímero y su pronta
sumisión al zarpazo inexorable,
hagamos, aleluya, la apoteosis
de este deseo sin fin— merecería...
o merece, mejor, para decirlo
en el tiempo verbal
que sirve de vehículo al deseo,
e par de las fauces sanguinarias,
hambrientas y fatales, de la muerte.

Por eso, mi calandria,
te invito a conspirar.
A tener cuchicheos clandestinos
Hay que hacer del amor una trinchera.
Catacumba del caos, entropía
gestada en la cajita
de música electrónica
que es cada corazón de estos amantes.
"¿Sabes anatomía?
¿Conoces dónde están los pies de barro
del tiempo?" Prepare mi vida.
Dejemos al cuidado del demonio
todos nuestros escrúpulos.
Juguemos a las cartas con el tiempo
en la conciencia, amor,
de que le haremos trampa.

Acércate hacia mí, ven a las letras
con que mi boca se halla construida.

Pon en el corazón de este árbol viejo,
vencido a las vencidas por los años,
todo el revolotear de tus oídos,
porque, mi bien, te invito a presenciar
la ejecución del tiempo, sentenciado
a la pena de muerte por nosotros
enseguida a asistir a su velorio,
y a meditar allí que en un futuro
escondido a la vuelta de la esquina,
caerán sobre sus restos malolientes
los sublimes gusanos de lo eterno.